DOMINGO XV DEL TIEMPO ORDINARIO (A)
Homilía del P. Emili Solano, monje de Montserrat
13 de julio de 2014
Is 55, 10-11; Rom 8, 18-23; Mt 13, 1-23.

"El que tenga oídos que oiga", así termina la parábola del sembrador que hemos escuchado en la primera parte del Evangelio. Una parábola que habla de la eficacia de la Palabra de Dios y subraya la actitud de "escuchar", de hacer caso a quien nos propone la verdad. Lo cual quiere decir que es necesario para el cristiano tener momentos a lo largo del día para escuchar al Señor.

Es cierto que se puede hacer oración en cualquier lugar, en el metro, en el coche, en la cola de la pescadería pero... a menudo nos pasa que la cabeza, la imaginación, los pensamientos se suelen descentrar de la Palabra de Dios y, aunque tengamos intención de rezar, se apaga nuestro interés y acabamos pensando en el precio de la merluza, en cuántas estaciones tiene la línea cinco o por qué no irá más rápido el vehículo que tenemos delante. Debemos buscar momentos concretos a lo largo del día para escuchar al Señor y, si puede ser delante del sagrario, mejor que mejor, pues facilita la oración. Vale la pena darle al Señor la adoración y el afecto que merece al quedarse con nosotros en la Eucaristía. Una vez conseguido el tiempo y el lugar, es el momento de escuchar. Dios habla no para informarnos de cosas que sería bueno que supiéramos, sino que nos habla para transformar nuestro corazón. Descubriremos que Dios nos habla muchas veces al día, que nos explica los acontecimientos de nuestra vida tan claramente como la parábola de hoy. De esta manera iremos dejando que la Palabra de Dios caiga en tierra buena y, sin saber cómo, empieza a dar un fruto que nunca hubiéramos imaginado. Es necesaria la constancia, limpiar el campo de nuestra vida, arrancar las zarzas, sacar las piedras, cultivar el suelo, tarea que parece inacabable pero... no hay angustiarse, porque, dado que es el Señor el que trabaja en la nuestra alma, la tarea es realizable y sin darte habrás empezado a dar fruto (aunque tú no lo recojas).

Cuando Jesús compara a los oyentes con diferentes terrenos no se refiere a una predeterminación. Más bien parece que nos instruye sobre el cuidado de nuestro corazón para recibir la Palabra. La semilla germina por su propia fuerza y nos es regalada. El sembrador, que es Jesucristo, la ofrece gratuitamente. En cada uno de nosotros se deposita este germen de gracia llamado a dar fruto. Pero, ¿qué pasa con nuestra manera de recibir lo que se nos da?

La semilla penetra al fondo de la tierra y, fuera de nuestra vista, inicia un proceso que, si todo va bien culmina en una planta que da fruto, una espiga de la cual obtenemos el grano. Es en el fondo donde todo se juega, es decir, en el corazón. La manera cómo nosotros nos colocamos ante Dios, la docilidad a su Palabra, el dejarnos guiar, todo ello constituye el terreno. ¿Qué podemos hacer frente a los peligros que acechan la escucha del Evangelio? Hay que tener cuidado de la tierra, cultivarla. Hay que tener cuidado del corazón: estar atentos a si seguimos lo importante o nos dejamos seducir por lo que es pasajero, si asumimos las enseñanzas católicas en la profundidad o sólo sentimentalmente, si nos dejamos cuidar por la Iglesia o pensamos que nos valemos por nosotros mismos.

Los Apóstoles, que escuchan la parábola, no se conforman con su interpretación personal: lo que según su capacidad pueden entender o imaginar. Prefieren preguntar a Jesús. Y es que la Palabra de Dios debe ser saboreada en la oración, en el trato personal con el Señor. Parte de este trabajo se puede suplir con los libros de meditación, pero nada excusa la oración. Es allí donde muchos fragmentos del evangelio se iluminan para nosotros.

El sembrador sale cada día a sembrar; que María nos ayude a tener un corazón abierto a Dios, en el que pueda germinar su Palabra.